



Rut רות

I. En los días en que gobernaban los jueces hubo una gran carestía en Palestina, y un hombre de Belén de Judá emigró al país de Moab con su mujer y sus dos hijos. Él se llamaba Elimélec, su esposa Noemí y sus dos hijos Majlón y Kilión. Murió Elimélec, marido de Noemí, y quedó ella sola con sus dos hijos, que se casaron con dos moabitas. Murieron ellos también y Noemí se quedó sin hijos y sin marido.

II. Noemí salió de Moab con sus dos nueras para volver a su patria, pues había oído que el Señor se preocupaba de su pueblo, dándole pan. Salió con sus dos nueras del lugar de su emigración, de camino hacia la tierra de Judá. Orfá besó a su suegra y volvió a su pueblo, pero Rut se echó en brazos de Noemí. Noemí le dijo: «Mira, tu cuñada vuelve a su pueblo y a su dios; vete tú también con ella». Rut le respondió: «No insistas más en que te deje, alejándome de ti; donde tú vayas, iré yo; donde tú vivas, viviré yo; tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios ...donde tú mueras, yo moriré, y allí quiero ser enterrada. Que Dios me castigue si algo, fuera de la muerte, me separa de ti».

Partieron juntas y llegaron a Belén. A su llegada se impresionó toda la ciudad. Las mujeres comentaban: «¿Pero es ésta Noemí? Ella decía: «No me llaméis Noemí; llamadme Mará, porque el todopoderoso me ha llenado de amargura. Salí llena, y el Señor me devuelve vacía. ¿Por qué llamarme todavía Noemí, si el Señor me ha humillado tanto y el todopoderoso me ha hecho desgraciada?»

III. Noemí tenía, por parte de su marido, un pariente muy rico llamado Booz, de la familia de Elimélec. Un día Rut, la moabita, dijo a su suegra: «Déjame ir a espigar al campo del que me lo permita». Ella le respondió: «Anda, hija mía».

Booz preguntó luego al capataz: «¿De quién es esa joven?». Él respondió: «Es la moabita que ha venido con Noemí del país de Moab. Me ha pedido que la deje espigar detrás de los segadores, y desde que entró en el campo ha estado, desde esta mañana hasta ahora, sin descansar ni siquiera un instante». Booz dijo a Rut: «Escucha, hija mía; no vayas a espigar a otro campo y no te alejes de aquí. Sigue los pasos de mis criados. Fíjate en el campo donde siegan y ve detrás de ellos. Voy a dar órdenes a mis criados para que no te molesten. Y cuando tengas sed, te vas al hato y bebes de lo que beban ellos».

Rut se postró en tierra y dijo: «¿Por qué tienes esta consideración conmigo y te interesas por mí siendo yo extranjera?». Booz le respondió: «Me han contado lo que has hecho por tu suegra después de la muerte de tu marido: que has dejado a tu padre, a tu madre, a tu patria, para venir a un pueblo desconocido para ti. Que el Señor pague tu acción y que tu recompensa sea grande ante el Señor, Dios de Israel, bajo cuyas alas has venido a refugiarte». Rut dijo: «Has sido muy amable conmigo, señor; me has consolado y me has hablado al corazón, aunque yo no soy ni siquiera como una de tus criadas». A la hora de comer, Booz le dijo: «Ven aquí, come de nuestra comida y moja tu pan en la vinagreta». Ella se sentó junto a los segadores, y Booz le ofreció trigo tostado. Después de comer y quedar satisfecha, recogió lo sobrante y lo guardó, y de nuevo se puso a espigar. Booz ordenó a sus criados: «Dejadla que espigue también entre las gavillas, y no la molestéis. Dejad caer espigas de vuestros manojos para que las recoja, sin inquietarla». Estuvo espigando hasta la tarde, luego apaleó lo recogido, y había como unos cuarenta y cinco kilos de cebada.

Rut fue a la ciudad y se lo enseñó a su suegra; sacó lo sobrante de la comida y se lo dio. Noemí dijo: «¿Dónde has estado espigando? ¡Bendito el que te ha favorecido tanto!». Rut le dijo: «He estado trabajando en el campo de un hombre que se llama Booz». Noemí exclamó: «Que el Señor te bendiga; el Señor que es ahora bueno con nosotros, como antes lo fue con los muertos. Ese hombre es pariente nuestro, uno de los que tienen derecho de levirato sobre nosotras». Rut añadió: «Me ha dicho además: Sigue a mis segadores hasta que se termine la siega». Noemí respondió a su nuera: «Es mejor, hija, que vayas con sus segadores, no sea que te molesten en otro campo» y Rut siguió a los segadores de Booz, espigando hasta la terminación de la siega de la cebada y del trigo y viviendo con su suegra.

Después le dijo su suegra Noemí: «Hija mía, yo debo buscar tu felicidad. Booz, con cuyos segadores has estado, es nuestro pariente. Mira, esta tarde él limpiará en su era. Lávate, perfúmate, vístete con los mejores vestidos y vete a la era, pero sin dejarte ver hasta que haya terminado de comer y beber. Cuando se haya acostado, fíjate bien dónde duerme; ve después, le descubres los pies y te acuestas; él te indicará lo que debes hacer». Rut respondió: «Haré lo que me dices».

Rut fue a la era e hizo exactamente lo que le había dicho su suegra. Booz comió, bebió y se acostó muy feliz al lado del muelo de la cebada. Llegó entonces ella muy despacio, destapó sus pies y se acostó. Ya de

madrugada, Booz se sobresaltó e, incorporándose, vio una mujer acostada a sus pies. «¿Quién eres tú?», preguntó. Ella respondió: «Soy Rut, tu sierva; extiende tu manto sobre mí, porque tienes el derecho de levirato». Él replicó: «Hija mía; este segundo acto de piedad es todavía mejor que el primero, pues no has buscado ningún joven, rico o pobre. No tengas miedo, hija mía; haré con gusto lo que pides, pues todo el pueblo sabe que eres mujer virtuosa. Sí, es cierto que soy tu pariente, pero hay otro pariente más próximo que yo. Pasa ahí la noche, y mañana, si él quiere hacer uso de su derecho, que lo haga; y si no quiere, vive Dios que yo lo haré. Duérmete hasta mañana». Ella durmió a sus pies hasta la mañana, levantándose antes de que pudiesen distinguirse las personas. Booz le había dicho: «Que no se sepa que una mujer ha venido a la era».

IV. Booz subió a la puerta de la ciudad y se sentó. Cuando pasó el citado pariente le dijo: «Oye, ven acá y siéntate». Se acercó y se sentó. Booz llamó a diez ancianos de la ciudad y les dijo: «Sentaos». Y se sentaron. Booz dijo al pariente: «Noemí ha vuelto del país de Moab y ha puesto en venta el campo de nuestro hermano Elimélec. He determinado informarte para decirte: Cómpralo en presencia de los ancianos de la ciudad. Si quieres comprarlo, cómpralo; si no, dímelo, porque antes de ti no hay ninguno que pueda comprarlo, y yo soy el segundo». Él respondió: «Lo compraré». Booz añadió: «Pero si compras el campo a Noemí, deberás casarte con Rut, la moabita, mujer del difunto, para perpetuar el nombre de Elimélec en su heredad». El pariente contestó: «No puedo comprarlo por no perjudicar a mis herederos; usa tú de mi derecho de levirato, pues yo no puedo». Había entonces en Israel, para ratificar las compras o cambios, el siguiente rito: uno se quitaba su zapato y lo entregaba al otro. Tal era el modo de hacer fe en Israel. El pariente dijo a Booz: «Cómpralo tú para ti»; y quitándose el zapato se lo entregó. Entonces Booz dijo a los ancianos y a todo el pueblo: «Vosotros sois testigos de que yo compro a Noemí lo que es de Elimélec, de Kilión y de Majlón; tomo además por mujer a Rut, la moabita, mujer que fue de Majlón, para perpetuar el nombre del difunto sobre su heredad y para que no se borre su nombre de entre sus hermanos y de la puerta de la ciudad. Vosotros sois hoy testigos de ello».

Booz se casó con Rut, se unió a ella, y el Señor hizo que concibiese y tuviera un hijo. Las mujeres decían a Noemí: «Bendito sea el Señor, que ha querido que no te faltase un heredero y que el nombre del difunto se conserve en Israel. El niño será para ti consuelo y amparo en tu vejez, pues te lo ha dado tu nuera que tanto te ama y es para ti mejor que siete hijos». Noemí tomó al niño, lo puso en su regazo y fue su nodriza. Las vecinas decían: «A Noemí le ha nacido un hijo». Y lo llamaron Obed, que fue el padre de Jesé, padre de David.

I. EL CAMBIO (LUZ GÓMEZ)

La pérdida de los hombres, cabezas del hogar, hace que Noemí, Rut y Orfá afronten grandes cambios en sus vidas. Hay que entender que *pérdida* y *cambio* son realidades diferentes: la pérdida nos quita algo de la vida, mientras que el cambio lo añade, siendo así una invitación de Dios al crecimiento. Y esto puede ser soportado con desgana, o acogido como gracia.

La vida es como un mosaico, lleno de pequeñas piezas minúsculas e interrelacionadas. Si una de ellas cambia, se modifica la composición entera, provocando un desajuste. En el libro de Rut, hay una pieza –la muerte– que da al traste con el equilibrio y la seguridad de tres mujeres, en una sociedad hecha por y para los hombres. Se trata de un *auténtico cambio*, que acontece lo quiera la persona o no. Los cambios voluntarios no son reales. Sólo los cambios involuntarios lo son, ya que, al no buscarlos, no los controlamos, ni a ellos ni a sus consecuencias.

En la incertidumbre y en el dolor, Noemí y Rut se ponen en marcha y eligen un camino; no saben lo que les espera, pero no se dejan abatir por el miedo, y apuestan por la vida, al sentir en lo profundo de su ser que su Dios es el Dios de la vida. Se lanzan a encontrarse cara a cara con quienes son, con la esperanza de que se desarrollen y de que se hagan realidad otras etapas, otros momentos, incluso otras personas latentes en ellas mismas, que les permitan vivir en plenitud. A este respecto, afirma John H. Newman: “Vivir es cambiar, y ser perfecto es haber cambiado con frecuencia”

Preguntas:

- ¿Qué situaciones de cambio real (involuntario) recuerdo en mi vida?
- ¿Cómo he vivido esos cambios?
- ¿Percibo la mano de Dios de algún modo en esos momentos?
- ¿De qué modo puedo trabajar en este Adviento para saber vivir mis cambios, en la esperanza puesta en la llegada de Dios?

II. TRANSFORMACIÓN (SONSOLES MORALES)

La historia de Rut es una historia de transformación. “Sin comerlo ni beberlo”, que diríamos hoy, Rut y Orfá se encuentran en una disyuntiva en la que han de tomar una decisión para la que nadie las había preparado previamente. Decidan lo que decidan, les cambiará la vida. Orfá elige la seguridad de lo conocido y vuelve a Moab, su tierra natal. Es fácil comprender su elección: con ella consigue el respeto y el apoyo de la sociedad moabita.

Rut, quien hasta entonces había seguido todas las normas sociales, toma en cambio una decisión inesperada, inaudita para la época (acompañar a su suegra hasta el territorio judío de Belén para vivir allí con ella, en lugar de casarse, no era exactamente lo “políticamente correcto” en aquellos tiempos). Con ello, Rut entra en contradicción consigo misma. Siente que ya no hay respuestas sencillas para sus preguntas. Comienza entonces su proceso de transformación, confiando en que Dios caminará a su lado y la guiará hasta el final.

Sabemos que Dios está presente en todo proceso de transformación que vivimos. En el caso de Rut, la moabita, esto supone convertirse en adulta, en sentido espiritual. Pasa así de un Dios al que hasta entonces había accedido a través de intermediarios a un Dios personal, que habla directamente a su corazón. Con su decisión –movida por el amor– de trasladarse a una tierra extraña y de vivir una vida poco convencional, Rut ha comenzado a definirse por sí misma, en lugar de dejar que otros lo hagan por ella.

Ciertamente, la vida no es un misterio para aquellos que eligen el camino transitado. En cambio, para quienes buscan a Dios por encima de los convencionalismos y de los límites del pasado, la experiencia trae consigo un fuerte desarraigo. Comprender y aceptar que, cuando hay transformación dentro de nosotros, se trata de Dios, que está actuando, no es fácil. Entrever el futuro, más allá del aquí y el ahora, es incómodo, pero necesario para llegar a ser lo que Dios quiere para Rut, y, por extensión, para todos nosotros.

Preguntas:

- ¿He experimentado o experimento actualmente síntomas de transformación en mí? ¿Me dicen los demás que “ya no soy el mismo / la misma de antes”?
- En mis experiencias de transformación ¿qué ha ocurrido con mi fe? ¿Intento contestar a preguntas de hoy con respuestas de ayer?

III. INDEPENDENCIA (SILVIA GLAS)

En el momento que Rut decide ir a un campo extraño a trabajar, cosa totalmente inusual para las mujeres de su época, opta por el único recurso que le queda, modelar su propia vida, decide ser independiente.

Rut va a trabajar después de años de ser una ama de casa. No espera a un salvador sino que decide tomar su salvación en sus propias manos. Se gana la vida espigando lo que dejan los segadores para los pobres y lo hace incluso con una mayor eficiencia que aquellos que hacen este trabajo habitualmente. Se esfuerza más que los otros: guarda cada espiga de trigo que se encuentra en su camino, desafía al sol y al campo y aguanta todo el día. Asume un reto y lo logra. Estamos ante la presencia de un despertar del alma de un ser humano que se coloca ante Dios como alguien que se ha dispuesto a ser todo lo que puede ser.

1. La autonomía y la presencia de Dios

El momento en que Rut vence el miedo de actuar en un medio desconocido y de fracasar, le dice de cierta forma al mundo: “Soy una persona y estoy plenamente viva”, cualesquiera que sean las desigualdades. Se trata de un reconocimiento de que como todo ser humano, ella es gracia de Dios y un don para el mundo. La autonomía es el camino que hace posible reconocer lo divino en uno mismo, de ahí brota la autoestima, el autocontrol, el autodesarrollo, el valor propio y la autoconciencia. De la autonomía surge el deber y derecho de ser un don de Dios para el mundo, para ocupar nuestro lugar en él y para contribuir a hacerlo mejor.

2. *Marginalidad*

No resulta fácil para un marginado llegar a ser independiente. Rut y Noemí representan a los eternos grupos marginados e intrusos en un sistema donde las estructuras fomentan las desigualdades. Sin embargo, al igual que ellas, estos grupos continúan en la lucha porque merece la pena llegar a ser persona en un mundo de personas. Es más que una cuestión de supervivencia, tiene que ver con el sentido único de la vida de cada ser humano, con lograr tener una presencia moral y la madurez espiritual.

3. *Interdependencia*

Si las personas no son autónomas, es imposible que exista una verdadera comunidad. La autonomía da a la persona la opción de crear comunidad y no de ser solamente utilizada por ésta. Irónicamente, la independencia es el único camino para la interdependencia.

El libro de Rut trata de dos mujeres que se enfrentan con un mundo aparentemente sin posibilidades para ellas y lo hacen, no porque quieran crear un sistema separatista o ridiculizar o vencer a los hombres, sino porque quieren participar en la vida como personas maduras que tienen algo que ofrecer y no sólo que recibir.

La historia de Rut llama a todo excluido a ser todo lo que pueda ser, sin importar los obstáculos y si es necesario contra corriente, no por su bien sino por el bien del mundo.

Preguntas:

- ¿Me dejo seducir por la aparente “protección y seguridad” que ofrecen algunas situaciones de dependencia? ¿Asumo la responsabilidad de modelar mi vida con mis propias manos?
- ¿Qué significa mi autonomía dentro de mi relación con Dios?
- ¿Qué situaciones de desigualdad y marginalidad encontramos en nuestro entorno más cercano? ¿Qué cambios podemos hacer?

IV. CUMPLIMIENTO (JOSEFA MARZO)

El final de la historia de Rut y Noemí es un final “feliz”, de cumplimiento. O por lo menos, dentro de la época y de la situación social, debemos entenderlo como feliz. De una situación de marginalidad, Rut y Noemí pasan a estar totalmente integradas en la sociedad, dando además unos frutos, aportando al pequeño Obed.

Es un final:

- *Escrito en femenino.* Las mujeres han creado el final, han cooperado activamente al final. La intención es clara, no hay nadie en quien Dios no pueda hacerse presente, nadie a través del que Dios no pueda actuar. Aunque sea una mujer, viuda, y moabita.
- *Al que se ha llegado de una forma activa.* Una mujer ha regresado a sí misma, se ha convertido en una persona artista de su propia vida, con derechos y deberes, respetada y reconocida. En ese momento se inicia la resurrección del mundo. Estas dos mujeres se han convertido en un signo del poder de Dios, que actúa en todos, tanto en la mujer como en el hombre. El cambio en estas mujeres ha producido un cambio en el mundo: el nacimiento de Obed, abuelo del Rey David.
- *En el que se desata la gracia, la mirada y la presencia de Dios.* Se renueva el mundo entero, los marginados quedan reinsertados, una nueva generación de hombres, representada por Obed, hereda un mundo en el que las mujeres/marginados son co-creadores. Un mundo según Dios, totalmente distinto al nuestro, al existente.

Pregunta:

¿Que nos dice hoy la historia de Rut sobre el lugar de Dios y el plan de Dios? ¿Qué me dice a mí en mi vida? ¿Qué hago para contribuir a escribir la historia del mundo/ de mi mundo?

Recomendamos: J. Chittister, *Doce momentos en la vida de toda mujer*, Editorial Sígueme, 2004